

América Latina: Crisis y Cambi

Violencia y explosión de la sociedad tradicional

- VI -

Argentina es un país de 25 millones de habitantes, el ingreso por habitante y año más alto de Latinoamérica —excluido el pozo de petróleo llamado Venezuela— y, sin duda, la nación más alfabetizada y europeizada del Tercer Mundo. En ese país —cuyas características profundas han sido estudiadas en los textos anteriores— se están produciendo situaciones, no obstante, de violencia trágica. El terrorismo ha llegado, en su esencia, a una dialéctica de la especialización aparentemente ir placable; de mafia. Ese terrorismo, transformado en fría racionalidad, proporciona una dimensión nueva de las cosas; es la estrategia de la guerra civil llevada a su extrema paranoia, es decir, la conversión del asesinato en un elemento de la cotidianidad.

En ese punto están las cosas en la Argentina. Diariamente hay asesinatos. Periódicos existen que casi los sitúan entre los sucesos. Lo importante parece consistir en proyectar a la gente, a la gran mayoría, a la expectativa de que se trata de algo extraño, algo NO argentino. No es así. Se trata, al contrario, de un hecho argentino en la lucha por el poder.

La violencia ha existido siempre. Yo mismo he señalado aspectos implacables en la conducción de la violencia institucional, en el siglo oligárquico por excelencia, frente a las corrientes populares montoneras y gauchas (en el más noble y profundo sentido de percepción intuitiva de su propio proyecto nacional frente al del imperio británico) del mundo social del siglo XIX. En el XX los choques populares, al nivel de las nuevas clases obreras industriales o del peonaje campesino esclavizado, proporcionarían registros altísimos de violencia que se olvidaron y camuflaron, en la memoria histórica, bajo el espectro de los "proceres" de la "civilidad".

La cuestión actual es distinta. El enfrentamiento, en el marco de la violencia armada, del peronismo de izquierda y el peronismo de derecha —con infiltraciones sustanciales a campos más amplios o derivaciones supranacionales y de carácter personalizado y particular que de todo hay— obliga a una interpretación más extensa del problema.

Con un grupo de jóvenes universitarios del Centro de Relaciones Internacionales de Buenos Aires yo mismo planteé, con una plena y buena voluntad de análisis, este tema. Mis interlocutores pertenecían al oficialismo más absoluto, al oficialismo enajenante del Perón o Isabel dixit por cuya doble puerta —mal abierta o cerrada hasta lo absoluto— se llega a la pura tautología. Es un cierre hermético de poder y un temor a perderlo. No obstante yo no juzgo

ese hecho. Afirmando solamente la imposibilidad real del conocimiento por la vía del preconcepción, del prejuicio. Con ellos hablé de la violencia argentina.

Alguien, un miembro de la Asamblea municipal de Buenos Aires, llegó a decirme estas impresionantes palabras:

—“En realidad están muriendo gentes de poca importancia. Son personas que fueron o que son desconocidas. A los importantes nada les ocurre”.

Recibí, en ese momento, un golpe que aún me dura. —“¿Se da usted cuenta bien de lo que dice y de la trascendencia de sus palabras? Quiérole que lo piense bien. Antes de que yo lo integre en mi relación de hechos”.

—“Es así”.

Así queda, pues.

Analizamos el problema de la violencia desde su inicio más totémico: la fusilada o la matanza de Ezeiza, es decir, la balacera acontecida en el aeropuerto bonaerense el día en que se esperaba la llegada de Perón. Era el regreso del Hombre.

Una parte de la izquierda argentina con la que he hablado señala como responsable y culpable al teniente coronel Osinde que era el encargado de la seguridad del acto y que representa, sin duda, una facción indisputable de la derecha del peronismo. En Ezeiza se produjo un intento abierto de presentar a Perón las dos grandes opciones del movimiento. Las juventudes pretendían rodear el que iba a ser el palco del general —que después aterrizó en una base militar cuando se le informó de la gravedad e importancia de los sucesos que habían ocurrido o estaban ocurriendo en Ezeiza— para hacerle sentir sus posiciones políticas y su adhesión. Del otro lado, y en principio, se había pensado en que fuera el sindicalismo de las 62 organizaciones de la CGT el que ocupara, in extenso y masivamente, esa área. Por causas distintas ni el teniente coronel Osinde ni otros miembros de las fuerzas de seguridad llegaron a un acuerdo sobre el planteamiento y la marcha de las masas hacia Ezeiza se perfiló bajo la impresión de que las dos partes, en sus grupos de choque, estaban armados.

Pasando por encima de particularizaciones parece indudable, a un alto nivel de decisión, que el tiroteo se inició de forma imprevista, aun dentro de lo presumible, y que hubo una provocación para comenzar la balacera. La izquierda histórica afirma que fue un plan de la derecha oficialista que estaba dispuesta a impedir, desde el momento mismo de la llegada de Perón, que la juventud apareciera como su principal interlocutor.

De una forma u otra la crisis de Ezeiza —aunque no sea en ese momento porque actos anteriores ratificaban la tensión abierta entre las distintas corrientes políticas— perfilará, aunque sea en simplificación, una actitud y una situación. Alguien dice que la CIA estructura superreal y refugio fantasmal, —las dos cosas al tiempo— inició, con un “paqueo”, el tumulto que iba a determinar en el enfrentamiento armado de las dos alas.

Lo importante es discernir el aspecto resultante de la crisis. La derecha oficialista, en grandes líneas, ocupará el poder. Perón, gran tactico, insistirá, no obstante, en que se rompan los puentes con la juventud. Pero no hay duda que el terrorismo revolucionario argentino (no sólo del peronismo de izquierda bien entendido) encontrará una continuidad dramática en la decisión oficialista de formular sus propios cuadros de choque. Cuadros que han

cumplido —desde la derecha absoluta— formas de represalia y de represión que quedaban al margen de la ley porque se efectuaban desde la impunidad. El terrorismo de derecha es el de la especialización implacable. El montonero tenía, consigo, la enajenación ideológica o la incapacidad real para discernir (como le pasaba al Ejército Revolucionario y otros sectores parecidos) el fenómeno global del país. Particularismo pequeño burgués de izquierda que, pese a su irracionalidad, no puede compararse con la especialización impuesta a la represión por las formas paralelas de los grupos de choque del poder. Especialización, impunidad y carencia de ideología puesto que, al final, es una reacción pura del poder desde vías paralelas al Poder.

Mal asunto cuando la Ley admite, para su defensa, el ejercicio de la ilegitimidad. Solo la presencia de estas fuerzas ha hecho posible y factible la continuidad del terrorismo subversivo de la izquierda que, en Tucumán, se ha convertido ya, ahora, en guerrillas que han dado paso a la presencia activa del ejército. El paso está dado. El ejército, que estaba contra la intervención, —indisputables palabras de Lanusse en mi conversación con él hace unos meses aunque no hable de Lanusse, ni mucho menos, como representante del ejército, sino como un punto de referencia singularmente importante sobre el tema —ha sido integrado, hoy, en la dialéctica de la represión y, por tanto, en la dialéctica de la comunicación con jóvenes que transportan con ellos la razón y sinrazón de encontrarse, del otro lado, con un aparato de represión civil cuyas interacciones nacionales o extranacionales permiten múltiples sospechas.